

## City Planning: Between Rationality and Emotion

## Urbanismo: entre la racionalidad y las emociones

Héctor Quiroz Rothe

Escribir sobre emociones y ciudad ha sido un reto autoimpuesto que implica superar las limitaciones de mi formación como urbanista, y al mismo tiempo repensar experiencias y recuerdos personales que han marcado mi relación con la ciudad. Al tratar de explicar las conexiones entre la práctica y la teoría del urbanismo y las emociones asociadas a la experiencia de la ciudad me enfrento a un conflicto entre, por un lado, los conceptos, ideas y valores que han nutrido y sustentan el ejercicio de la planeación, el diseño y la gestión urbanas –todas ellas enmarcadas por el pensamiento racional–; por otro, las emociones derivadas de un sinfín de experiencias personales como habitante, usuario y observador profesional de la ciudad. Esta reflexión me lleva a plantearme una serie de preguntas sobre la capacidad del urbanismo para ordenar racionalmente las ciudades, o bien respecto a la influencia de las emociones asociadas a la experiencia de la ciudad en el ejercicio del urbanismo y –en un exceso de pragmatismo– sobre las posibles aplicaciones del estudio de las emociones en el ordenamiento urbano.

Aclaro: quizás el estudio de las emociones no aporte mucho al ejercicio del urbanismo –al menos en su afán de ordenar y regular los usos y actividades urbanas–, pero estoy convencido de que arroja nuevas luces sobre la entrañable relación que sostenemos con nuestro entorno construido. Como lo he expresado en otros lugares, la percepción y los imaginarios determinan la forma como utilizamos los espacios construidos que vivimos, a partir de su apropiación o rechazo. Un recuerdo entrañable o una mala experiencia marcan nuestra relación con los distintos elementos del ámbito urbano. En este proceso, el reconocimiento de las emociones positivas o negativas generadas por la experiencia de la ciudad contribuye a explicar y entender posturas, opiniones, conflictos, los cuales deben ser considerados en la elaboración de propuestas urbanísticas incluyentes y coherentes con la cultura de sus habitantes.

### Ciudad, urbanismo y emociones

Las ciudades se han convertido en el hábitat de al menos la mitad de los seres humanos; las previsiones de organismos internacionales señalan que esta tendencia seguirá incrementándose a lo largo del siglo XXI. Al mismo tiempo, las concentraciones urbanas son cada vez más grandes. Las megalópolis contemporáneas pueden llegar a reunir la población de varios países, y frecuentemente se afirma que son inabarcables, como en el caso de la Ciudad de México. En este sentido, resulta muy difícil elaborar una definición universal de la ciudad y de lo urbano, sobre todo cuando esta condición puede aplicarse en asentamientos de aspecto rural pero cuya población es urbana en términos económicos y culturales.

Los antecedentes de las metrópolis contemporáneas se remontan hasta cinco mil años, cuando en diversos lugares del planeta surgieron asentamientos permanentes que cobijaron a sociedades cada



Fotografía: Héctor Quiroz Rothe

vez más complejas y jerarquizadas. La existencia de este tipo de asentamientos nos remite a las cinco civilizaciones originales. En todos los casos se consolidaron como lugares de intercambio, mercados en encrucijadas de caminos, vados de ríos o puertos.<sup>1</sup> Las plazas fueron el escenario de este comercio que venía acompañado también de nuevos conocimientos e ideas. Asimismo, las ciudades fueron desde su origen sede del poder político, económico, militar y religioso. Palacios y templos ocuparon el corazón de las urbes antiguas y a partir de ellos se organizaron sus diversos componentes; hoy en día los rascacielos de los grandes corporativos han sustituido esta referencia de centralidad. De forma paralela, las urbes se distinguieron como espacios sagrados poseedores de una gran densidad simbólica. Eran la representación

terrenal del orden cósmico, espacios de equilibrio pactado con las fuerzas de la naturaleza a través de complejos ritos fundacionales. Hace mucho que esta dimensión se diluyó, al grado que la ciudad se convirtió –de acuerdo con la teoría marxista– en un simple instrumento para la producción y reproducción del capital.<sup>2</sup>

Hasta el siglo XVIII las ciudades tuvieron una escala humana, es decir que podían ser recorridas por un hombre a pie, y además poseían límites concretos, como murallas, las cuales marcaban diferencias culturales y jurídicas entre lo urbano y lo rural, entre los ciudadanos y los paisanos. Las ciudades fueron primero Estados y después del siglo XVI algunas de ellas se convirtieron en capitales de los Estados nacionales modernos. Históricamente fueron la cuna de la democracia

y de las libertades ciudadanas, semillero de revoluciones e innovaciones en las artes, las ciencias y la tecnología. Las universidades, los museos y las fábricas son instituciones netamente urbanas.

A pesar de estas evidencias de virtud, en la civilización occidental las ciudades han sido también consideradas fuente de todo tipo de males. El pensamiento antiurbano de raíces judeocristianas explica, en su mitología, el origen de las ciudades como un castigo divino. Desde la célebre cita bíblica que acusaba a la gran Babilonia de ser “la madre de todas las ramera”, las ciudades pervierten al inocente y corrompen los principios más nobles. Esta tradición nutre y complementa la idealización de la naturaleza salvaje, así como de aquellas culturas tradicionales cuyos miembros se supone viven en armonía con ella. El romanticismo tuvo una



faceta que se relaciona con esta postura, así como los diversos holismos ambientalistas que se han sucedido a lo largo del siglo xx y que en las últimas décadas han cobrado fuerza y relevancia ante la crisis ambiental que enfrentamos.

La literatura y el cine se han encargado de producir potentes imágenes a favor y en contra de la vida en la ciudad. En el cine contemporáneo mexicano son frecuentes las anécdotas en donde los personajes desean huir de la metrópoli. En estos casos, la ciudad en la ficción es una metáfora de los conflictos que enfrenta el personaje; y la huida, una manera de resolverlo o el primer paso para una inminente reconciliación. La insistencia en esta situación me parece sintomática de nuestra relación con la Ciudad de México.

Atendiendo a esta realidad generalizada, el turismo de masas ofrece a los habitantes de las ciudades evasión mediante lo exótico o inusual, ya sea con destinos en playas con una naturaleza domesticada, ya en ciudades que ofrecen nuevas diversiones o experiencias culturales inusitadas. En ambos casos, la oferta turística propone nuevas emociones dosificadas a lo largo de unas vacaciones planificadas. Paradójicamente, la industria turística ha generado espacios urbanizados –que no ciudades– que integran las infraestructuras necesarias para el hedonismo contemporáneo.<sup>3</sup>

En el siglo xix, la urbanización rampante derivada de la Revolución industrial dio lugar a un nuevo tipo de asentamiento caracterizado por el crecimiento desordenado, la especulación, el hacinamiento y la contaminación. En este momento las ciudades históricas rebasaron sus límites y se convirtieron en territorios amorfos difíciles de acotar: conurbaciones, metrópolis, megalópolis; suburbios ilimitados, ciudades desechables, virtuales; parques temáticos, ciudades espectáculo e hiperrealidad; todos, términos utilizados para describir el fenómeno urbano del siglo xxi.

La vida en las grandes ciudades de la era industrial propició cambios en la conducta de sus habitantes. A principios del siglo xx, Georg Simmel identificó que los habitantes de estas urbes estaban sometidos de manera cotidiana a una gran cantidad de estímulos, de tal forma que para sobrevivir en este ambiente habían desarrollado una capacidad mental para seleccionar y reaccionar sólo a algunos de ellos, lo que se traducía en la actitud de indiferencia característica de los urbanitas modernos. La tecnología no ha hecho más que reforzar esta especie de atrofia emocional inconsciente (pienso en el aire acondicionado de los autos particulares o los audífonos

que muchas personas utilizan en sus trayectos cotidianos) que en principio nos permite convivir con las multitudes de la ciudad sin perder la razón.

Justamente en este contexto de la industrialización surgió el urbanismo<sup>4</sup> como disciplina moderna que intentaba resolver los problemas gestados y amplificadas en el contexto de la ciudad industrial del siglo xix. Desde entonces se nutrió de todo tipo de aportaciones disciplinarias, científicas y artísticas, desde la medicina y la ingeniería hasta la filosofía y las artes plásticas. El conocimiento de las metrópolis industriales –un fenómeno complejo y multidimensional– así lo requería; sin embargo, la urgencia de resolver los problemas sanitarios que afectaban a sus habitantes favoreció la intervención en su dimensión espacial soslayando los procesos sociales asociados a estos espacios. Aparentemente, intervenir los espacios construidos a través de grandes proyectos de renovación urbana o, de manera más radical, con propuestas de nuevas ciudades adecuadas a las necesidades del mundo moderno, fue más sencillo y contundente que modificar las estructuras sociales y económicas que los originaban.<sup>5</sup> Por este eficaz proceso, la nueva disciplina que buscaba mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la ciudad quedó encasillada en el ámbito de la arquitectura y, parcialmente, en el de la geografía. De esta manera, la historia convencional del urbanismo hace un recuento de los grandes proyectos urbanísticos –algunos de los cuales nunca se realizaron– que hicieron eco en lugares muy distintos a donde fueron concebidos.<sup>6</sup>

En esta historia, los congresos internacionales de arquitectura moderna, CIAM (1927-1959) constituyen un hito. Sus protagonistas, aglomerados en torno al genérico Movimiento Moderno, produjeron una serie de postulados, manifiestos y cartas, difundidos ampliamente en la segunda mitad del siglo xx y que desde entonces han sustentado la práctica de la planeación urbana.

La palabra clave en este proceso histórico es el orden. El orden racionalista que implicaba establecer jerarquías, simplificar procesos, homogeneizar actividades, estandarizar dimensiones, mientras de paso negaba la complejidad que conlleva considerar las diferencias sociales, culturales y psicológicas de los habitantes de la ciudad, sus principales actores. Este mismo orden es el que ha considerado irregulares a los espacios producidos por los habitantes pobres con sus propios recursos, a pesar de ser un proceso predominante en la construcción de la mayoría de las ciudades latinoamericanas.



Fotografía: Héctor Quiroz Rothe

La urgencia derivada de la reconstrucción de la posguerra en Europa, la urbanización acelerada en América Latina y, en general, la modernización del mundo en aras del progreso favorecieron, como hemos mencionado, una práctica del urbanismo que privilegiaba la dimensión física de los fenómenos urbanos sobre su dimensión social, o bien confiaba que a través de nuevas formas construidas se generarían los cambios sociales necesarios para conquistar el proyecto de la modernidad.

A partir de la década de 1970, la crisis del Estado de bienestar<sup>7</sup> –que en gran medida alentó esta práctica urbanística– estuvo acompañada del cuestionamiento intelectual de los criterios y valores que justificaban el proyecto modernizador. En el ámbito de la arquitectura, la crítica posmoderna volvió a poner el énfasis en los procesos morfológicos, el patrimonio histórico y las especificidades culturales de cada comunidad. Al mismo tiempo, el debilitamiento de las estructuras de gobierno en el contexto del neoliberalismo dio paso al reconocimiento e impulso de los procesos participativos en la producción de ciudad.

A pesar de la crítica posmoderna y del reconocimiento de las virtudes de otras formas más inclusivas de planear y diseñar ciudades, la zonificación ha seguido como la principal herramienta urbanística para intentar regular el funcionamiento de las ciudades, o al menos ha sido el instrumento con

el mayor sustento normativo y burocrático. Comparto la opinión del economista liberal Edward Glaeser<sup>8</sup> respecto a lo absurdo que puede llegar a ser la hiperregulación de los usos, actividades y funciones que ocurren en la ciudad. Su análisis parte desde una perspectiva que sanciona cualquier forma de regulación del mercado inmobiliario; en mi caso, cuestiono la posibilidad de regular el caos que determina la vida misma y que ocurre en la cotidianidad de las calles de una ciudad. En este sentido, me sorprende y fascina la vitalidad caótica que caracteriza a la Ciudad de México y a muchas otras ciudades “subdesarrolladas”, las cuales son el resultado de modernidades y racionalidades incompletas. Allí abundan los resquicios de innovación y creatividad alternativa, en donde es posible imaginar y construir un mundo más justo y sostenible.<sup>9</sup>

Como hemos visto, el racionalismo dejó de lado otras manifestaciones de la conducta humana difíciles de explicar en su propia lógica. En el urbanismo, la dimensión psicológica fue relegada del estudio de lo urbano, y se desvirtuaron las implicaciones de la percepción y la memoria en el uso y apropiación de los espacios construidos.

Ahora bien, las emociones se definen como reacciones subjetivas al ambiente que vienen acompañadas de cambios fisiológicos innatos, influidos por la experiencia, las creencias y la memoria. Las emociones nos permiten adaptarnos al entorno de una manera espontánea y pasajera,

pero influyen en cómo percibimos una situación. Las emociones revelan a su vez estados afectivos, motivaciones y deseos, asociados a recuerdos de personas, lugares o cosas. Pueden ser compartidas por los miembros de una cultura o ser individuales. Las emociones universales y biológicamente básicas según Paul Ekman<sup>10</sup> son: sorpresa (muy transitoria, implica sobresalto, asombro, desconcierto, ayuda a orientarnos frente a una nueva situación), aversión (rechazo hacia lo que lo produce disgusto o asco), tristeza (asociada a la pena, la soledad y el pesimismo, nos motiva hacia la reintegración personal), ira (la rabia, el enojo, el resentimiento, la furia e irritabilidad nos induce a la destrucción), miedo (anticipa una amenaza y produce ansiedad, incertidumbre, inseguridad) y alegría (euforia o diversión derivada de una sensación de bienestar y de seguridad; nos induce hacia la reproducción del suceso que nos hace sentir bien).

Creo que todos podemos establecer claramente asociaciones entre nuestra experiencia urbana y estas u otras emociones, y reconocer su incidencia en la percepción que tenemos de lugares, personas o cosas;<sup>11</sup> sin embargo, tratar de incorporar este tipo de elementos en el análisis urbanístico puede provocar suspicacias entre expertos y funcionarios respecto a la seriedad de los planteamientos. Afortunadamente, hace algunos meses, en un congreso de escuelas de urbanismo, pude escuchar una presentación sobre la felicidad en la ciudad. La ponente, una joven



estudiante respaldada por un tutor y un proyecto de investigación académico, afirmaba que uno de los objetivos de la planeación urbana era que las personas fueran felices, aclaraba que la felicidad más consistente se consigue –o quizás más bien se siente– cuando alcanzamos un objetivo o logramos una meta.

Este tipo de planteamientos me permiten recuperar la confianza en el urbanismo y me llevan a pensar de qué manera, con nuestro trabajo, podemos hacer que los habitantes de las ciudades alcancen sus metas para que sean felices. Entonces reconozco los elevados fines de mi profesión, el idealismo que implican y el enorme esfuerzo que se requiere para lograrlos, al mismo tiempo que tomo distancia de los criterios y pretensiones del urbanismo racionalista del cual somos inevitablemente herederos.

Respecto a la consecución de la felicidad, la ciudad contemporánea producida en gran medida atendiendo a las lógicas del capitalismo es el espacio representativo de la sociedad de consumo. En este contexto, la felicidad que nos ofrece el sistema la encontramos materializada en los centros comerciales. En tales espacios, la mercadotecnia echa mano de todos los recursos para crear ambientes placenteros y estandarizados. Si nos dejamos llevar por los estímulos del *display* y de la arquitectura escenográfica al servicio del consumo, debo reconocer que entre luces brillantes, ambientes sonoros festivos, alusiones a placeres carnales, texturas y olores agradables, es fácil imaginar un trance eufórico en los pasillos de un centro comercial de lujo: el éxtasis de la pura materialidad. Sabemos que el placer de comprar es un placer efímero que puede ser adictivo; además puede trastornar conductas, como en el caso de los infelices compradores compulsivos que gastan y rellenan bolsas de mercancías en un intento desesperado de llenar sus vacíos existenciales.

La sociedad de consumo nos ofrece otros placeres un poco más duraderos que se confunden fácilmente con la satisfacción de haber alcanzado una meta. En primer lugar, la vivienda con toda su carga simbólica: el hogar en donde nos sentimos bien, cómodos, seguros; el patrimonio de la familia, el logro de toda una vida, también se ha convertido en una mercancía desechable.<sup>12</sup> Igualmente perversas son las estrategias para fomentar la compra de automóviles, concebidos por la mercadotecnia como medios para afianzar la libertad de movimiento y el ascenso social. De hecho la masificación del transporte individualizado y de la vivienda es el origen de los últimos desastres urbanísticos. Me remito a la imagen de las autopistas urbanas saturadas y a los conjuntos de vivienda masivos aislados en la periferia desbordada de la ciudad contemporánea.

Por otra parte, la incomodidad derivada de la ira y la aversión, pero sobre todo del miedo. Esta emoción se ha convertido en el argumento más poderoso para la construcción de una ciudad hiperasegurada que favorece la segregación social en el espacio a través de todo tipo de barreras físicas. Jordi Borja se refiere a la agorafobia contemporánea<sup>13</sup> para explicar el miedo a la calle, a lo público, y el encerramiento que caracteriza a las tipologías arquitectónicas diseñadas por el miedo. Todo ello se traduce en cercas, puertas blindadas, puestos de vigilancia y cámaras que vigilan cada rincón de la ciudad.

La segregación y la desterritorialización de muchas actividades tradicionales, gracias al avance de las telecomunicaciones, parecen determinar la estructura y el paisaje de las ciudades en este siglo. Lo que somos hoy en día es, en consecuencia, lo que son las ciudades que habitamos. Pero ¿pode-

mos llamarle todavía “ciudad” a este espacio? Diversos teóricos de lo urbano (Armando Silva, Thierry Paquot, Massimo Cacciari o Rem Koolhaas) aluden al fin de la ciudad tradicional ante la emergencia de estructuras regionales uniformes y dispersas en las que los intercambios ocurren cada vez más de forma virtual y al margen del espacio público convencional.

Prefiero pensar en mutaciones profundas que derivarán en nuevas formas de convivencia y organización del espacio. Glaeser, en su apasionada defensa de las ciudades,<sup>14</sup> ofrece argumentos para pensar que los vínculos personales siguen teniendo una razón de ser a pesar de estas tendencias. En este sentido, considero que el estudio y la justa valoración de la dimensión psicoemotiva de los espacios urbanos resultan indispensables para la construcción de un proyecto de ciudad que integre las subjetividades con la racionalidad. Ahora bien, dado que las emociones que marcan nuestra experiencia de la ciudad y en ella se ubican en el ámbito de la interpretación subjetiva de la realidad, trataré a continuación de ilustrar esta idea a través de una narración personal sobre ciudades entrañables en mi experiencia de vida.

Sin duda podemos generalizar a partir de emociones compartidas colectivamente, pero la percepción de la ciudad es un asunto muy personal, como las emociones. Esta subjetividad debe ser reconocida y respetada por todos aquéllos que pretendemos intervenir y modificar los espacios construidos –y sobre todo habitados. Aunque francamente, el reconocer esta condición me lleva a suponer una y otra vez la imposibilidad de intervenir racionalmente la ciudad.<sup>15</sup>

## Emociones itinerantes

### Ciudad de México, personal

Porque nació en una vieja clínica de la colonia Roma con vista (entre tinaicos y antenas) al castillo de Chapultepec, puedo afirmar que mi ciudad es bastante fea. De verdad, qué podemos decir a favor de las avenidas Revolución o Patriotismo, del Circuito Interior o del Eje 7 sur; sólo recuerdos personales entrañables y emociones pasadas revividas en la memoria.

Mis primeros años los pasé encerrado en una casa en Mixcoac. Salir a la calle implicaba el riesgo de ser arrollado por el intenso tráfico que circulaba en la avenida frente a la cual se encontraba la casa de mi familia, y sobre todo soportar el humo que emitían los camiones, peseros, ballenas y delfines que transportaban a los habitantes de la ciudad en los años setenta. En otra etapa de mi infancia y adolescencia padecí el aislamiento de un fraccionamiento residencial ubicado en la periferia suroeste. Crecí rodeado de terrenos baldíos y barrancas –sin duda un excelente campo de juegos–, pero alejado de todo lo que conocían mis compañeros de la escuela: cines, parques y centros comerciales.<sup>16</sup> Irónicamente, el humo del transporte público quedaba ahora muy lejos. En alguna época tenía que caminar unos tres kilómetros para llegar a la parada más cercana, y los horarios eran restringidos, el autobús pasaba cada 40 minutos y la última corrida salía a las nueve de la noche. En la familia hablábamos de bajar a la ciudad para ir a la escuela o para comprar cualquier cosa, y recuerdo mirar todas las mañanas desde la ventana de mi cuarto la ciudad sumergida en una nata de esmog sepia, de la que sólo sobresalían la punta del Hotel de México, la torre de Pemex y los volcanes.

Después he vivido en el Centro Histórico, antes de que lo comprara Carlos Slim, en el centro de Coyoacán, en la colonia Roma y en la Condesa, donde me cansé de los temblores y de las tortas gourmet, aunque como urbanista sigo apreciando la vida en sus calles, sus áreas verdes, la proximidad de todo tipo de servicios y su arquitectura.

Pienso que en los últimos cuarenta años la capital mexicana finalmente se arruinó –aunque todo empezó cuando decidieron desecar el lago, que imagino azul, vasto y rodeado de una majestuosa cordillera nevada– para convertirse en la metrópoli posapocalíptica descrita por Carlos Monsiváis. Así, por ejemplo, recuerdo que en mi infancia, en el paraje más hermoso –un bosque de encinos rodeado por un pantano estacional– construyeron un supermercado. Para ir a la iglesia de la colonia, la del catecismo y las primeras comuniones, ahora hay que cruzar una reja con vigilante. Se levantaron puentes que surcan las barrancas y en el horizonte aparecieron los rascacielos de Santa Fe, al mismo tiempo que las noches lluviosas de verano dejaron de oler a basura remojada.

Después de varios años alejado de aquel entorno y de la Ciudad de México, cada vez que regresaba a visitar la casa de mis padres me invadía una especie de nostalgia por aquellos años de aislamiento suburbano. Muchos vecinos se han ido y poco falta para que empiecen a demoler las casas de aquella colonia construida en el último refilón del milagro mexicano para una clase media emergente y optimista. En dónde estarán Enrique y Gerardo, compañeros de aventuras; las hermanas Petersen y sus *french poodles*; Pepe el rebelde y su colección de motos. Me entero de que la mamá de Mónica –quien murió de una peritonitis cuando teníamos 18 años– regresó a vivir a su casa después de muchos años de haber estado desocupada. Hace poco, mi hijo se lanzó cuesta abajo por una de sus calles en una vieja avalancha. Entre sus gritos emocionados, igual que hace cuarenta años, se desvanecieron finalmente mis recuerdos obsesivos e irrelevantes de aquella época.

Para reconciliarme con mi identidad chilanga me he dedicado a estudiar el urbanismo popular, cuyos procesos autogestivos y clientelares han sido el origen de la mayor parte del tejido socioespacial de esta ciudad. Una vez que se superan los prejuicios inculcados por la arquitectura académica, se descubre un universo gris a la distancia, pero desbordante de vitalidad en el detalle. Lo que tiene de feo mi ciudad lo tiene de vital.

Algunas instantáneas: un taxista con lentes oscuros y camiseta del América conduce con el brazo fuera de la ventanilla y un perico en el hombro; el mar de construcciones de tabicón gris desde lo alto de la sierra de Santa Catarina; el Zócalo desolado en una noche de luna llena; una camioneta destartalada que emite música guapachosa a todo volumen con un ataúd atado al techo; la pirámide de Santa Cecilia en medio de viaductos y zonas industriales; una granja, con su milpa y animales de carga, debajo de uno de los puentes de los poetas (Santa Fe); el sol al atardecer recortando el perfil del Ajusco, los Dinamos y la Sierra de las Cruces desde la subida de San Jerónimo al segundo piso de Periférico.

Confieso que me siento bien en Coyoacán. Mi rincón favorito es la plaza de Santa Catarina, a la hora que sea y con el clima que sea. El Centro Histórico lo evito, demasiada gente, demasiado tráfico. Me gusta pasear



Fotografía: Héctor Quiroz Rothe

en bicicleta por mi colonia, atravesar el bosque de Chapultepec –el prado del tótem canadiense es el secreto mejor guardado– y regresar por el Paseo de Reforma peatonalizado los domingos.

Últimamente me pierdo en mi ciudad. Pasos a desnivel, segundos pisos, nuevos rascacielos y torres de departamentos por todos lados han borrado mis referencias metropolitanas, las cuales eran indispensables para sobrevivir antes de los teléfonos celulares y los GPS. En la de por sí anodina avenida Insurgentes sur ya no están el cine Manacar, ni Cinemas 2000 –ambos lugares imprescindibles de mi adolescencia. Las calles de Mixcoac, Nonoalco, la colonia Nápoles, se han llenado de edificios, y en el norte ya no está el toreo de Cuatro Caminos. Me siento un viejo prematuro que añora la ciudad de hace veinte años.

### Lyon, un año excepcional

Tenía diez años cuando, por razones profesionales, mi padre nos llevó a vivir a la segunda metrópoli francesa, centro industrial, con dos ríos y un centro histórico con vestigios romanos, y autoproclamada capital de la gastronomía en el país de la gastronomía. Una experiencia entonces inusual para una familia mexicana. Vivíamos en una unidad habitacional funcionalista rodeada de naves industriales, en uno de los municipios conurbados de esta aglomeración. En el centro de la ciudad había plazas monumentales, iglesias góticas y elegantes calles peatonales, aunque muchos edificios estaban cubiertos de hollín y apestaba a humedad. Todo era tan distinto al suburbio mexicano, que el menor detalle cotidiano nos





Fotografía: Héctor Quiroz Rothe



Fotografía: Héctor Quiroz Rothe

sorprendía: la eficiencia del transporte público, el rigor de los horarios, el metro, las hojas de los árboles, los estacionamientos automatizados, las albercas públicas, las minúsculas salas de cine, la discreción de los vecinos, los anuncios de jabón con modelos desnudas.

Los domingos, como muchas ciudades europeas, las calles estaban desoladas, sin embargo siempre había algo que hacer o visitar. El paseo favorito era el Parc de la Tête d'Or, en donde conocimos los cambios estacionales que sólo se imaginan en las imágenes de los calendarios que regalan las carnicerías de la Ciudad de México. Si hacía frío, siempre quedaban los pasillos de un moderno centro comercial que en aquel entonces se decía era el más grande de Europa. Se podía vivir sin auto.

Todas las mañanas me iba caminando solo a la escuela. Había que atravesar un baldío frecuentado por auténticos punks, quienes a pesar de su aspecto eran inofensivos. De hecho, hablaban español con acento andaluz. En la escuela convivían hijos de obreros franceses con hijos de inmigrantes del Magreb, Indochina, del sur de Europa y un mexicano. Había racismo, pero no extremismos, y la globalización todavía no se conocía con ese nombre. El triunfo de Mitterrand en las elecciones presidenciales de aquel año fue celebrado con auténtico entusiasmo ciudadano en aquel barrio obrero de larga tradición socialista.

Desde entonces la ciudad de Lyon ha ocupado un lugar especial en la memoria familiar. Un año excepcional, cuyos ambientes y acontecimientos siguen siendo evocados inevitablemente al escuchar los éxitos de la radio francesa de entonces: Mireille Mathieu y Julio Iglesias (en francés), John Lennon y Bob Marley. He vuelto como urbanista en varias ocasiones; intentando revivir recuerdos me he encontrado con una ciudad que supo sacudirse el polvo. El casco antiguo fue rehabilitado, las fachadas recuperaron su color original y en las calles peatonalizadas abundan los restaurantes que hacen honor a la gastronomía local. La unidad habitacional y mi escuela siguen ahí. Han cambiado poco, el baldío de los punks ahora es un parque banal. Imagino a mis compañeros de la escuela, los hijos de la inmigración que en los ochenta no correspondían con la imagen que esperábamos de los franceses, pero que de hecho fueron los protagonistas de la transformación francesa en una sociedad multicultural.

### París, para bien o para mal

Después de la Ciudad de México, la capital francesa es el lugar en donde he residido el tiempo suficiente como para sentirme un poco como en casa. Ahí tengo mis lugares consentidos y a veces hasta puedo orientar y dar recomendaciones a algún turista perdido. Poco puedo agregar a los miles de textos, imágenes y notas que han descrito todas las facetas de esta gran ciudad. Creo que no existe calle en París que no haya sido historizada. Al mismo tiempo, cada quien puede hacer su propia historia. La primera vez que vi la torre Eiffel fue seguramente en 1980, pero la verdad no conservo ningún recuerdo particular de ese momento. Desde entonces, por una u otra razón, he vuelto un sinnúmero de ocasiones y permanecido días, semanas o meses. He pernoctado en las inmediaciones de Trocadero, Pigalle, la Gare du Nord, Montmartre, el Barrio latino, la Porte Saint Denis. La que fue mi casa por varios años estaba cerca del canal Saint Martin que en la misma época se hizo famoso por una escena de la película *Amélie*.<sup>17</sup> Dicha película revivió los imaginarios colectivos más potentes de la ciudad luz, capital del amor, romántica,

bohemia y surrealista. Recuerdo que locales y turistas se regodeaban en la imagen de la parejita tomada de la mano paseando por las escalinatas de Montmartre.

Más allá de los lugares comunes de la “ciudad más bella del mundo”, París no deja de sorprenderme con sus perspectivas monumentales que aparecen a la vuelta de cualquier esquina. Como mencioné, mi lista de rincones favoritos es larga: la pasarela que conecta la isla de Saint Louis con La Cité, desde la cual se puede disfrutar el juego de sombras que forman los contrafuertes de Notre Dame al ponerse el sol. Detrás del palacio del Ayuntamiento, escondida, se encuentra la iglesia de San Gervasio; su interior suele estar ambientado con cantos gregorianos, y sus administradores –miembros de la Fraternidad de Jerusalén– portan hábitos de aspecto medieval. El conjunto es un viaje a un pasado místico digno de *El Nombre de la Rosa* o de *El código Da Vinci* –según el estado de ánimo– que contrasta brutalmente con el bullicio de la zona de los grandes bulevares, atravesado por sombríos pasajes comerciales que recuerdan las derivas urbanas de Baudelaire y Benjamin.

El centro de París se camina, y parte del disfrute sigue siendo el contemplar los escaparates que se suceden a lo largo de las aceras como naturalezas muertas de los productos más diversos o instalaciones de arte contemporáneo exhibido para ser admirado. Detrás está todo el *savoir-faire* que distingue a Francia en el mundo. Puede ser un vestido de alta costura o una torre multicolor de *macarrons*. Incluso los comercios más triviales (como una cerrajería o una salchichonería) hacen un esfuerzo por aportar un detalle bello o curioso que atraiga la mirada del peatón. En los casos más sofisticados un pequeño letrero advierte “Vitrina en proceso de montaje”, para aclarar que el evento aún no está listo para ser admirado.

Pero París también fastidia. Al igual que cualquier gran ciudad, hay tumultos e incomodidad en el metro. Puede haber gritos o golpes, pero lo peor es la indiferencia de los testigos sumergidos en su lectura o en su música favorita. La desesperación y locura que expresan los rostros de sus indigentes son como bofetadas a los turistas sonrientes cargados de bolsas Chanel, Vuiton y Dior. El poético cielo plomizo que se funde con sus mansardas en el horizonte puede desquiciar a cualquier inmigrante de los trópicos después de varias semanas invernales. Y siempre, más allá de las imágenes de postal, se extienden los suburbios populares y de la clase media, en donde residen la mayoría de los parisinos alejados del oropel turístico, de la intelectualidad y del refinamiento que distingue a su ciudad.

### Praga, onírica

La capital checa es un destino muy apreciado por los turistas mexicanos. Supongo que en lo más profundo de nuestro inconsciente colectivo, el perfil de sus construcciones corresponde a las imágenes que ilustran los cuentos de hadas que leímos en nuestra infancia.

La última vez que estuve en Praga fue como una cita romántica. Realmente estaba emocionado al salir de la estación de trenes y caminar de nuevo por la plaza de Wenceslao. Era diciembre y el frío calaba. Tenía un solo día para el reencuentro, y durante la noche, Praga me cumplió una de mis fantasías. Desperté muy temprano con el propósito de recorrer y fotografiar la plaza de la ciudad vieja liberada de las masas de turistas que la visitan. Mi sorpresa fue descubrirla cubierta de una fina capa de nieve. El arrebató ante la belleza de sus calles teñidas de



Fotografía: Héctor Quiroz Rothe





Fotografía: Héctor Quiroz Rothe

azul en un amanecer invernal fue tal que en muy poco tiempo agoté las baterías de mi cámara. El romance continuó gracias a que la única tienda que estaba abierta a esa hora tenía repuestos. Cruzé el puente de Carlos sin puestos ambulantes de *souvenirs*, subí por la calle Neruda hasta el castillo de Hradcany antes de la llegada del primer autobús de turistas chinos. Más tarde, en el Callejón del oro sostuve una interesante charla con la dependienta de una librería localizada en una de las casas en donde vivió Franz Kafka. Cerca de ahí, el propietario de una pequeña tienda de antigüedades ensayaba con su violín algo de Mozart, mientras yo curioseaba. Al descender la colina del castillo hacia Mala Strana, cayó la noche. Pude pasear por la orilla del Moldava mientras se encendían las lámparas de la ciudad. Concluyó la caminata con una copiosa cena refrescada con cerveza checa y atendido por una mesera con ojos de gata (como en la canción de Sabina). Creo que ese día no hablé con nadie. Todo fue entre ella y yo.

Hace poco más de diez años, en otra cita de amor decidí descansar un poco dentro de mi auto a la sombra de un viejo roble, en un estacionamiento aledaño al convento de Loreto –por cierto, uno de mis rincones favoritos de esta ciudad. Dormitaba, cuando se desató una tormenta estival. Un curioso presentimiento me hizo salir del sopor y mover el auto de sitio. Ante la imposibilidad de salir del auto por el charrón me acomodé de nuevo en mi asiento para seguir dormitando, cuando un estruendo me despertó. Vi frente a mis ojos como el viejo roble caía derribado por una violenta ráfaga de viento, justo en el lugar en donde había estado estacionado. Creo que desde entonces le debo la vida a la princesa Libushe.<sup>18</sup>

#### Para concluir

Podría seguir escribiendo sobre estas y otras ciudades entrañables como Córdoba, Barcelona, Berlín, La Habana, Cancún, San Miguel de Allende o Tijuana, sólo para constatar el torrente de emociones que pueden despertar las ciudades en cada uno de nosotros. Hay urbanistas (y me refiero a todas aquellas personas comprometidas con las causas del desarrollo urbano en todas sus facetas y escalas) que llegamos a esta actividad por una personal fascinación por las ciudades, en las que se mezclan ideales, vivencias, emociones y recuerdos. A su vez, nuestro objeto de atención es el hábitat de millones de personas que sienten, perciben e interpretan los espacios que habitan. ¿Es posible ordenar esto racionalmente?

En la práctica, los urbanistas utilizamos fuentes estadísticas y sesudos modelos matemáticos para explicar procesos urbanos y acotar soluciones a problemas específicos; pero también es muy común recurrir al conocimiento empírico para argumentar una decisión o propuesta. Pienso en la inevitable influencia que pueden tener las emociones, positivas y negativas, asociadas a ciertas experiencias urbanas personales, en la toma de decisiones respecto a proyectos urbanísticos, por parte de urbanistas, funcionarios, líderes y gobernantes. Con esto, no quie-

ro afirmar que el futuro de nuestras ciudades esté sujeto al estado de ánimo de sus gobernantes, aunque a veces así lo pareciera. Existen leyes, normas y procedimientos que impiden que esto ocurra, pero es importante reconocer que la experiencia personal y las emociones que la acompañan marcan posturas y definen acciones.

Como urbanista, creo que en nuestra relación filial con las ciudades la racionalidad nos ha puesto una trampa, en la que la razón y la emoción parecen dos operaciones mentales opuestas. El urbanismo es heredero del racionalismo ilustrado, y como tal confío en que la razón podría salvarnos del caos. Hoy en día aceptamos que existen otros órdenes —que no desordenen— en la conformación de las ciudades, y que las herramientas de la razón no son suficientes para explicarlos.<sup>19</sup> Los urbanistas críticos nos enfrentamos a un reto mayúsculo para superar las estructuras mentales con las que nos hemos formado.

En el plano individual esto quizás sea posible mediante esfuerzos personales focalizados. Me preocupa su trascendencia al plano colectivo, al menos en el ámbito del gremio profesional, cuando se han institucionalizado procedimientos que responden a intereses particulares y económicos. En un balance de las lógicas que definen la estructura de las ciudades, por encima de las subjetividades emotivas y de cualquier otro criterio, se impone la relación costo-beneficio y la búsqueda de la máxima rentabilidad.

Por otro lado, en el ámbito de la docencia es necesario incitar a los estudiantes a privilegiar las virtudes de la vida urbana sobre sus defectos y a combatir la imagen negativa que prevalece en los medios de comunicación y en la opinión de nuestros conciudadanos. Como afirma Jaime Lerner:<sup>20</sup> “las ciudades no son el problema, son la solución”.

Este espacio no ha sido suficiente para despejar las variables de la ecuación de la ciudad, pero se han aclarado inquietudes respecto a las limitaciones del urbanismo racionalista en su afán de ordenar la compleja realidad urbana. Quizás en algún momento podamos afirmar que las ciudades más queridas por sus habitantes se pueden planificar mejor.

### Héctor Quiroz Rothe

Doctor en Urbanismo

Profesor e investigador

Coordinador del Programa de Maestría

y Doctorado en Urbanismo

Universidad Nacional Autónoma de México

✉ quiroz.urbanismo@gmail.com

### Notas

1. Basta señalar que Londres, Nueva York y Tokio, las tres capitales del mundo globalizado, son puertos históricos.
2. En este sentido me pregunto: en nuestra relación con la ciudad ¿qué peso tienen los fines utilitarios (trabajar, divertirse, circular) sobre los vínculos emocionales?
3. Me refiero en primer lugar a los destinos de sol y playa como Cancún, Ixtapa, Los Cabos, Playa del Carmen, en México. A esta lista se pueden agregar destinos como Las Vegas, Miami, los parques temáticos, los “pueblos mágicos” en México, e incluso barrios de grandes ciudades históricas convertidos en escenografías para el turismo (como Broadway, el barrio latino de París o el barrio gótico de Barcelona).
4. Suelo pensar el urbanismo como un concepto que integra la planeación territorial y el diseño urbano, disciplinas que en otros contextos se conciben de manera autónoma.
5. Este tipo de acciones de renovación urbana o de nuevo urbanismo se replicaron a partir del segundo tercio del siglo xx en Europa, Norteamérica, América Latina e incluso en la Unión Soviética, en donde teóricamente se construía una nueva sociedad.
6. Imagino que el joven Le Corbusier nunca pensó que sus ideas se materializarían en Brasilia o Chandigarh.
7. En México corresponde al modelo denominado “desarrollo estabilizador”, que marcó las políticas económicas locales entre los gobiernos de Miguel Alemán y Adolfo López Mateos.
8. Edward Glaeser, *El triunfo de las ciudades* (México: Taurus, 2011).
9. Ver, por ejemplo, el catálogo de la exposición “Post it city. Ciudades ocasionales”, publicado por el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona en 2013.
10. Ver página web: [www.paulekman.com](http://www.paulekman.com). Consultada el 3 de marzo de 2015.
11. Curiosamente la tristeza es la emoción que menos evoca mi experiencia urbana, aunque con el paso del tiempo, uno va acumulando lugares que provocan cierta nostalgia, sentimiento doloroso generado por un recuerdo de lo que fuimos o de lo que ya no somos.
12. Es el calificativo que se puede aplicar a las unidades de vivienda construidas masivamente durante los últimos sexenios en la periferia de las ciudades mexicanas.
13. Jordi Borja, “La ciudad es el espacio público”, en Patricia Ramírez Kuri (coord.), *Espacio público y construcción de ciudadanía* (México: Flacso, Porrúa, 2003): 59-87.
14. Edward Glaeser, *El triunfo de las ciudades*. El discurso de este autor continúa el pensamiento prourbano de Lewis Mumford y Jane Jacobs.
15. Personalmente me he negado a seguir instruyendo a jóvenes urbanistas en los códigos de la zonificación urbana cada vez más sofisticada e ilusoriamente precisa. Me parece ocioso tratar de clasificar las posibles combinaciones que encierra el concepto de uso mixto con la finalidad de poder regularlas o de restringir a tanto metros cuadrados la realización de una actividad que en la práctica dependerá de las necesidades de los operarios o de las características del espacio construido preexistente. Me tranquiliza observar todos los días desviaciones que retan el rigor de la norma, vacíos para que ocurra lo imposible.
16. En aquel entonces Plaza Universidad y el flamante Perisur.
17. Recuerdo a unas amigas de Filosofía y Letras que fueron de visita y que al sacarse la foto de rigor en el sitio casi lloran de la emoción. Después supe que en Japón editaron una guía especial para los fans de dicha película. Años después, pasada la euforia, entré de casualidad al bar en donde trabajaba la protagonista. Iba con la mamá de mi hijo, con nueve meses de embarazo. Teníamos cita con la partera y éste era el lugar más cercano para sentarnos a descansar.
18. Personaje mítico con poderes premonitorios a quien se le atribuye la fundación de la ciudad.
19. Mi búsqueda por tratar de entender la complejidad del fenómeno urbano me ha llevado, desde hace algún tiempo, a interesarme por las representaciones literarias y cinematográficas de la ciudad que, de acuerdo con varios autores, ofrecen visiones más integrales.
20. Exalcalde de la ciudad de Curitiba y autor del libro *Acupuntura urbana*.